

Gorschen y de Rahna, pasando por entre los restos del ejército prusiano, y bajo una lluvia de fuego, se adelantan sobre Kaja, en tanto que Wintzingerode, con la guardia prusiana de á caballo y parte de la caballería rusa, se lanza sobre los cuadros de Marmont, situados en una posición algo á la espalda para apoyarse en Starsiédel ¡Van ascometidas! A semejanza de ciudades inflamadas, los cuadros de Bonnet y de Compáns vomitan fuego desde sus muros en pie siempre; pero á la derecha los diez y ocho mil hombres de Wittgenstein y de York, guiados con el brío que exige esta circunstancia extremada, repelen á las divisiones de Ney tan maltratadas como las de Blücher, las arrollan hacia Kaja, entran en esta aldea, y al desembocar de allí se encuentran con la guardia de Napoleón frente á frente. Más allá del *Floss Graben*, el príncipe de Wurtemberg disputa la aldea de Eisdorf á las tropas de Macdonald.

A su turno corresponde á Napoleón intentar un esfuerzo decisivo, pues vanamente están prontas sus alas á replegarse sobre el enemigo, si su centro queda roto. Pero aún tiene los diez y ocho mil hombres y la poderosa reserva de artillería de la guardia imperial á la mano. En medio de sus reclutas, algunos de los cuales huyen hasta su lado, en medio de las bombas y de las balas que caen en torno de su persona, hace avanzar á la joven guardia, y ordena que los diez y seis batallones de la división de Dumontier rompan sus cuadros, se formen en columnas de ataque, marchen con la izquierda hacia Kaja y la derecha hacia Starsiédel, embistan con empuje, destrocen las líneas enemigas y venzan en suma, porque es absolutamente necesario. Entretanto, formada la vieja guardia en seis cuadros, se mantiene firme como otros tantos reductos destinados á cerrar el centro de nuestra línea. Al mismo tiempo Napoleón prescribe á Drouot que marche con ochenta bocas de fuego de la guardia á situarse algo oblicuamente sobre nuestra ala derecha delante de Starsiédel, á fin de coger de frente á la caballería, que ataca sin interrupción á las divisiones de Marmont, y de coger de flanco á la línea de infantería de Wittgenstein y de York.

Expedidas estas órdenes son ejecutadas casi al minuto. Guiados los diez y seis batallones de la joven guardia por el general Dumontier y por el general Mortier, avanzan en columnas de ataque, se unen al paso las tropas de Ney que aún pueden seguir la pelea, y bajo una lluvia de fuego penetran en Kaja. Después de recuperar esta aldea pasan al otro lado y arrollan sobre Klein-Gorschen y Rahna á las tropas de Wittgenstein, de York, de Blücher, precipitadas en confusión á la quebrada donde se hallan situadas estas aldeas. En seguida hacen alto sobre el declive del terreno, y dejan á Drouot el espacio necesario para hacer que obre su artillería. Sirviéndose éste con arte de la ventaja del terreno, dirige parte de sus ochenta piezas de artillería sobre la caballería contraria, y con el resto coge en declive á la infantería de Wittgenstein y de York, y hace llover metralla y balas sobre unos y otros. Abrumadas la infantería y la caballería enemigas por esta masa de fuegos, muy pronto se ven compelidas á emprender la retirada. En el mismo instante, hacia nuestra izquierda y más allá del *Floss Graben*, las divisiones de Macdonald, las de Fressinet y de Charpentier, arremeten la

una contra Kitzen y la otra contra Eisdorf, y se las arrebatan al príncipe Eugenio de Wurtemberg, á pesar de los socorros enviados por Alejandro. Al extremo opuesto, es decir á la derecha, Bonnet y Compáns guiados por Marmont rompen al fin sus cuadros y se lanzan en columnas sobre el flanco del enemigo, á cuyas espaldas ya hace oír Morand sus cañones.

Son cerca de las ocho, y la confusión de ideas empieza á invadir al estado mayor de los coligados. Reunidos Alejandro y Federico Guillermo con sus generales sobre la cumbre desde la cual descubren la batalla, deliberan relativamente á lo que por hacer les falta. Blücher, más vehemente que nunca, y vendado el brazo, quiere que se precipiten de nuevo sobre el frente de los franceses á la cabeza de la guardia rusa. A su vez Miloradowitch llegará durante la noche para servir de reserva ó cubrir la retirada del ejército, si hay necesidad de emprenderla. Por tanto se pueden aventurar sin recelo todas las tropas que aún no han venido á las manos. Fundadamente responden York y Wittgenstein que están rebasados por la derecha hacia Eisdorf, por la izquierda hacia Starsiédel; que, si insisten, se exponen á ser envueltos y á dejar en manos de Napoleón por lo menos una parte del ejército aliado, y finalmente, que el jefe de la artillería no tiene municiones. Ante razones semejantes, no queda otro arbitrio que el de emprender la retirada. Con efecto, se da la orden para comenzarla. Pero Blücher indignado grita en medio de las sombras ya exteuidas sobre las dos huestes, que no debe ser derramada tanta sangre preciosa sin fruto; que no está perdida la jornada, que lo va á probar sólo con su caballería, y que moverá á sonrojo á cuantos se manifiestan anhelosísimos por abandonar una victoria casi segura. Con efecto, aún se podían llevar cuatro ó cinco mil jinetes prusianos y principalmente de la guardia real al combate: juntólos, se puso á su cabeza, y aunque empezaba á cerrar la noche, cae á semejanza de un furioso sobre las tropas francesas, que se hallan á la izquierda de los aliados delante de Starsiédel, y son las del cuerpo de Marmont. Cansados los soldados de este mariscal de tan largo combate, apenas se hallan en las filas y se desbanda el primer regimiento, 37 de ligeros, de formación reciente, sorprendido por tan súbita irrupción de la caballería prusiana. Acudiendo Marmont con su estado mayor entero, también es arrastrado en la derrota. Apeado de su caballo y marchando á pie con el brazo vendado va entre los soldados fugitivos del regimiento 37. Pero formadas á tiempo las divisiones de Bonnet y de Compáns resisten á todos los ímpetus de Blücher. Desgraciadamente, disparando en medio de la obscuridad contra cuantos avanzan hacia ellas, matan á algunos soldados del regimiento 37 y hasta á muchos oficiales de Marmont, en especial al coronel Jardet, el que fué enviado á Napoleón después de la batalla de Salamanca.

Bien pronto se apacigua el pasajero disturbio, y al cabo dormimos sobre este campo de batalla, cubierto de ruinas, inundado de sangre, y que se ven los enemigos en la necesidad de abandonarnos tras de disputarlo por largo tiempo. Mas no poseemos la hermosa caballería que otras veces para correr detrás de los vencidos, para coger á millares los prisioneros y los cañones. Además delante de un enemigo que se batía con tal

saña, convenía ser circunspectos y renunciar á coger todos los trofeos de la victoria.

Napoleón quiso que se permaneciera á pie firme: sabía que desde Kaja, como desde una incontrastable roca, se había contenido el ímpetu de los enemigos, embriagados con su triunfo, y que no darían un paso más hacia adelante. Con efecto, á contar desde esta hora se debía restablecer su fortuna, bien que á condición de que su razón se restableciera asimismo. Sobre el campo de batalla pernoctó en espera de los trofeos de la victoria que pudiera coger á otro día, aunque avalorando ya perfectamente su precio.

A otro día, 3 de mayo, se encontraba á caballo desde el alba para recoger los heridos, ordenar sus tropas y perseguir al enemigo. Al galope cruzó aquella quebrada, donde aún ardían las aldeas de Rahna, de Klein-Gorschen y de Gross-Gorschen, trepó hacia la posición que los dos soberanos aliados ocuparon durante la batalla y vió más claramente lo que se había querido intentar en su contra, esto es, rebasarle, mientras personalmente se proponía rebasar á sus enemigos. Pero proporcionándole su rara previsión un eje sólido en Kaja y en torno del cual podía maniobrar seguro, había desbaratado completamente los planes de los coligados. Con la caballería perdida en Rusia los cogiera á millares. En el estado actual de las cosas nada más pudo coger que heridos y cañones desmontados, juntando gran número de estos trofeos. De los noventa y dos mil hombres de los coligados, unos sesenta y cinco mil entraron en lucha, si bien con encarnizamiento. No hubo muchos más de nuestro lado, pues sólo tomaron parte en la acción cuatro divisiones de Ney, dos de Marmont, otras dos de Macdonald y una de la guardia. En estos cuerpos fué grande la pérdida por ambas partes. Lo menos cayeron veinte mil prusianos y rusos, y nosotros perdimos de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Más llevábamos perdidos que el enemigo hasta el momento en que la formidable artillería de la guardia inclinó á nuestro favor la balanza de la carnicería. Se portaron heroicamente los prusianos, y con denuedo, aunque sin pasión, los rusos. Unos y otros acreditaron la confusión de una coalición en sus consejos. Nuestra infantería se condujo con el valor impetuoso de la juventud, y tuvo la ventaja de ser dirigida por Napoleón en persona. Nunca éste había expuesto más su vida, ni acreditado más su genio, ni manifestado en más alto grado, no solamente los talentos de un general de grandes miras que prepara sabiamente sus operaciones, sino también de un general de batalla que, sobre el terreno, y según el giro de los sucesos, cambia sus planes, y trastorna sus concepciones para adoptar las que exigen las circunstancias. Este era el caso de darse por satisfecho, aunque los resultados materiales no fuesen de tanto bulto como otras veces, cuando se hallaban en su estado de perfección todas las armas, y cuando peleábamos contra adversarios no impelidos por la resolución de la desesperación todavía; repetimos que este era el caso de darse por satisfecho, y de mostrarse agradecido á esta nación generosa que le había prodigado de nuevo su sangre más pura, y de ser prudente al menos por consideración á ella. ¿Acaso iba Napoleón á recibir este favor del cielo con el espíritu que conviniere deseárselo y recibirle, con el espíritu

en que la nación lo había esperado al precio de su sangre, ó á volver á los delirios de su ambición desapoderada? Muy en breve lo debían decidir los sucesos.

Por de pronto no había más que aprovechar la victoria, y en esto no tenía igual Napoleón, como tampoco en el arte de prepararla. Después de emplear sobre el campo de batalla el 3 de mayo en recoger heridos, en concertar sus cuerpos de tropas quebrantadas por tan rudo choque, y sobre todo en tomar lenguas acerca de la dirección del enemigo, prestamente reconoció hasta qué punto había sido decisivo el golpe descargado á los coligados, pues retrogradaban á toda prisa á pesar de sus fastuosas pretensiones.

No se descubrían por el camino más que columnas de tropas ó equipajes en retirada, y se les veía sin poderles dar alcance por falta de caballería; pero evidente era ya que no se detendrían más que en el Elba y quizá en el Óder. Esta derrota positiva é indisputable no les impedía ostentar en su lenguaje la mayor arrogancia. Gozosísimo Alejandro de haberse portado perfectamente en el fuego, se atrevía á llamar á esta jornada una victoria, y fuerza es decir que era triste costumbre de los generales rusos la de alterar extrañamente la relación de los sucesos militares, como si no les permitieran ser verídicos las grandes cosas que en el espacio de dos siglos han llevado á remate. Sin embargo, cabe concebir que de este modo se procediese respecto de los rusos, porque se miente á las naciones en proporción de su ignorancia; pero acreedores eran los alemanes á que se propalaran menos mentiras sobre esta jornada. Y con todo, aturdidísimos al parecer los prusianos de haber hecho cara á Napoleón, tuvieron valor para escribir á todas partes, y especialmente á Viena, que habían alcanzado una verdadera victoria, y que si se retiraban, era por falta de municiones y por un simple cálculo militar. Pase lo del cálculo, pero entendiéndose el del vencido que va á buscar su seguridad lejos del enemigo, contra cuya aproximación no puede sostenerse. Con efecto, los coligados marcharon tan de prisa como les fué posible, para pasar el Élster, el Pleisse, el Mulda y el Elba, y poner cien leguas de país entre ellos y los franceses.

Después de convencerse Napoleón de la importancia de esta batalla de Lutzen por la presteza del enemigo en emprender la retirada, escribió á Munich, á Stuttgart, á París, cartas llenas de justo orgullo y de admiración bien merecida por sus reclutas. A Pegau fué á pernoctar el 3 de mayo, y según su costumbre se levantó á media noche para ordenar sus disposiciones de marcha. Podía acontecer que los coligados tomaran dos direcciones; que los prusianos ganaran por Torgau el camino de Berlín, á fin de ir á cubrir su capital, y que los rusos siguieran el camino de Dresde para volver á entrar en la Silesia. Por el contrario, podía acontecer que, abandonando á Berlín á su suerte y al celo del príncipe real de Suecia, continuaran los coligados juntos su marcha sobre Dresde, permaneciendo apoyados en las montañas de Bohemia y en el Austria, para decidir á ésta en favor suyo, afirmándola que estaban victoriosos, ó que, si no lo estaban ahora, lo estarían muy luego. Posibles eran una y otra conducta, pues había poderosas razones que alegar en apoyo de ambas. Si importaba mucho permanecer unidos y mantenerse junto

la Austria, igualmente importaba no abandonar Berlín y todos los recursos de la monarquía prusiana á los franceses. Para esta doble hipótesis, combinó Napoleón sus disposiciones. Si se dividían los coligados, también podía dividirse y enviar por una parte una columna de ochenta mil hombres detrás de los prusianos y los perseguiría de muerte, y cruzaría el Elba detrás de ellos, y luego entraría victoriosa en la capital de Prusia, y por otra marchar detrás de los rusos en persona con ciento cuarenta mil soldados, pisarles sin tregua los talones, penetrar en Dresde con ellos y lanzarlos hacia Polonia. Si al revés, no se separaban los coligados, convenía seguir su ejemplo, aplazar la satisfacción de entrar en la capital de Prusia, y perseguir en masa á un enemigo que se retiraba del mismo modo. Con una profundidad de combinaciones de que sólo Napoleón era capaz, fijó su plan de manera de poderse plegar á una hipótesis ó á otra. Detrás dejó al cuerpo de Ney para que se repusiera de sus heridas, pues de diez y siete ó diez y ocho mil hombres muertos ó heridos de los nuestros, doce mil pertenecían á este cuerpo solo. Autorizóle para permanecer dos días en Lutzen con el objeto de establecer allí un buen hospital, donde entraran sus heridos más maltratados, y de preparar el transporte á Leipsick con grande aparato. Esta ciudad había hecho alarde de un espíritu harto hostil para que se le ahorrara el espectáculo de nuestros triunfos y el terror de nuestras armas.

Desde Leipsick debía marchar el mariscal á Torgau, y allegar allí á los sajones, probablemente afirmados en su fidelidad de resultas de la victoria de Lutzen. Poniéndolos con la división de Durette á las órdenes del general Reynier, formarían un cuerpo de catorce á quince mil hombres con que el mariscal Ney se encontraría reforzado. Además le agregó Napoleón el mariscal Víctor, no sólo con los segundos batallones de este mariscal reorganizados en Erfurt, sino también con parte de los del mariscal Davout, que éste debía prestar por algunos días. De este modo el mariscal Víctor podía reunir veintidós batallones, con fuerza de quince ó diez y seis mil hombres. Finalmente, quedaba la división de Puthod, la cuarta del cuerpo de Lauristón, dejada con el general Sebastiani á la izquierda del Elba, para castigar á los cosacos de Tettenborn, de Donnenberg y de Czernichef. Napoleón previno á esta división que se dirigiera á Wittenberg á toda prisa, para unirse al mariscal Ney más allá de Torgau. Tanto la seguridad del bajo Elba, como de los departamentos anseáticos, fiábase al general Vandamme, que ya estaba en Brema con parte de los batallones de los cuerpos antiguos rehechos, y en la misma victoria de Lutzen. De consiguiente el mariscal Ney, que de sus cuarenta y ocho mil hombres conservaba treinta y cinco ó treinta y seis mil todavía, iba á allegar á Reynier con quince ó diez y seis mil franceses, con catorce mil al general Sebastiani, todos los cuales debían formar en el término de ocho días un total de ochenta mil hombres. A Ney tocaba el honor de perseguir á Blücher, si éste echaba por el camino de Berlín, y de entrar en su seguimiento en la capital prusiana. De esta suerte quería Napoleón oponer el ímpetu de Ney al ímpetu del héroe de Prusia. Si por el contrario, no dividiéndose el enemigo, pensaba en combatir

una vez más antes de volver á pasar el Elba, lo cual era poco probable, dos días bastaban para traer los ochenta mil hombres de Ney sobre el flanco de los coligados. Persiguiendo Napoleón en lugar de ser perseguido, podía á la sazón elegir el sitio donde le conviniera dar una segunda batalla.

Napoleón se reservaba el cuidado de marchar personalmente detrás de la masa principal de los coligados con Bertrand y Oudinot, reforzados el uno por una división bávara y el otro por una división wurtemberguesa, con Marmont que no había perdido más que seiscientos ó setecientos hombres, con Macdonald que había perdido dos mil á lo sumo, con Lauristón que delante de Leipsick había dejado seiscientos ó setecientos, y finalmente, con la guardia, disminuída como en mil hombres, esto es, con cerca de ciento cuarenta mil combatientes. Tomadas estas disposiciones, y después de recomendar á Ney que repusiera bien sus tropas, y de exigir seis mil camas en Leipsick para sus heridos, y de proveerse en la misma ciudad de cuanto le hacía falta, Napoleón partió de Pegau en tres columnas. La principal, compuesta de Macdonald, de Marmont, de la guardia, y dirigida por el príncipe Eugenio en persona, debía ganar por Borna el camino real de Dresde, el que pasa por Waldhein y Wilsdruff. La segunda, compuesta de Bertrand y de Oudinot, manteniéndose á cuatro ó cinco leguas sobre la derecha, debía seguir por Rechlitz, Mittwejda y Freyberg, la falda de las montañas de Bohemia. La tercera, formada del cuerpo de Lauristón tan sólo, por Wurtzen debía correr sobre Meissen, uno de los puntos de paso del Elba cuya ocupación tenía más importancia, y enlazar á Napoleón con el mariscal Ney. Sobrado evidentemente se hallaba el enemigo en retirada, para que se temiera hallarle en masa sobre ningún punto, y columnas de cincuenta á sesenta mil hombres bastaban para todos los encuentros probables. Además, al cabo de algunas horas se podían juntar dos de estas columnas, cosa que permitía precaver todo accidente y vivir con más holgura, se facilitaban más las exploraciones, siguiendo los tres caminos que conducían al Elba, y se tenía la probabilidad de envolver en esta especie de red á los destacamentos extraviados que por falta de caballería no podían ser cogidos á la carrera.

Napoleón partió el 5 de mayo para Borna, á fin de ir detrás de su principal columna. Le precedía el príncipe Eugenio, quien, llegado á Kolditz junto al Mulda, halló la retaguardia de los prusianos apostada á lo largo del río, cuyos puentes estaban destruídos. Se remontó algo á la derecha, descubrió un paso para una columna y una parte de su artillería, y se fué á establecer sobre una cumbre que dominaba el camino real de Dresde. Entonces se vieron obligados los prusianos á abandonar las márgenes del río, y á retirarse á toda prisa, desfilando bajo el fuego de veinte cañones. Así perdieron algunos centenares de hombres, y se retiraron hacia Leipsick, pasando por entre las líneas de un cuerpo ruso, que se hallaba en posición en Seyfersdorf, delante de Hasta. Este cuerpo era el de Miloradowitch, á quien una falsa combinación había privado de asistir á la batalla de Lutzen. Miloradowitch era un hombre denodado, impaciente por distinguirse, como lo había hecho ya tantas veces, y deseoso también de responder á los prusianos, quienes se quejaban mucho de que en Lutzen se

hubiera dejado pesar sobre ellos solos todo el peso de la batalla, habiellas harto frecuentes entre aliados asociados á una obra tan ardua como la guerra. Después de abrirse para que desfilaran los prusianos, rehizo Miloradowitch sus filas, y aprovechándose de su posición ventajosa, se mantuvo firme. Vigorosamente le acometió el príncipe Eugenio, y sólo rebasándole consiguió que evacuara aquel punto. De setecientos á ochocientos hombres se perdieron por ambas partes, si bien por falta de caballería no pudimos coger prisioneros. Tras de sacrificar los rusos muchos centenares de hombres para contener nuestra marcha, nos tuvieron que entregar una porción de carros cargados de heridos, y que destruir otros muchos cargados de bagajes.

Se les persiguió el 6 y el 7 de mayo sin tregua, queriendo Napoleón llegar á Dresde el 8 lo más tarde. Tomado habían los prusianos el camino de Meissen y los rusos el de la capital de Sajonia, sin que de esta doble dirección se pudiera inferir aún que se separaban los unos para cubrir á Berlín y los otros para cubrir á Breslau. Habiendo dirigido Napoleón el cuerpo de Lauristón por Wurtzen sobre Meissen, le estimuló á acelerar su marcha hacia el Elba, á fin de sorprender, si era posible, el paso de este río, pues teníamos pontoneros y no potones, hallándose atrás este material de conducción muy pesada. Otra razón asistía á Napoleón para empujar vivamente al general Lauristón sobre Meissen á fin de cruzar por allí el Elba, y era el deseo de anular así la resistencia que acaso se tratara de oponernos en la misma capital de Sajonia. Con efecto, no se podía intentar el paso á viva fuerza cerca de esta ciudad sin exponerse á destruirla, y ya era bastante haber hecho saltar dos arcos de su puente de piedra, accidente de guerra á que fué por extremo sensible, aun sin dañar á los hermosos edificios con que sus electores lo habían decorado.

Trasladóse el 7 á Nossen y á Wilsdruff. Detenido encontró allí el virrey á Miloradowitch en una buena posición, á cuya defensa parecía resuelto. Se la arrebató bruscamente, y se le hizo pagar con algunos centenares de hombres esta inútil fanfarronada. Al día siguiente, 8 de mayo, asomóse por aquel anfiteatro de colinas, desde cuya cumbre se divisaba la hermosa ciudad de Dresde, asentada sobre las dos márgenes del Elba y á la falda de las montañas de Bohemia, como Florencia á las dos márgenes del Arno y á la falda del Apenino. Magnífico estaba el tiempo; esmaltada la campiña con las flores de la primavera, ofrecía el aspecto más risueño, y con el corazón apenado se contemplaba aquel rico territorio expuesto á ser presa de las llamas dentro de algunas horas si el enemigo oponía resistencia. Se bajaron las gradas de aquel vasto anfiteatro en tantas columnas como caminos formaban los radios de Dresde, y con júbilo vióse á las negras columnas del ejército ruso renunciar á la pelea, meterse por las calles de la ciudad y volver á pasar el Elba, no sin prender fuego á sus puentes. Desde la ruptura del de piedra, se habían establecido tres pasos para el servicio de los ejércitos coligados, uno de barcas más arriba de la ciudad, otro más abajo con balsas y otro en la ciudad misma, supliendo con dos arcos de madera los de piedra que había hecho saltar el mariscal Davout. Se descubrieron todos estos puentes entregados á las llamas, lo cual

anunciaba que los rusos buscaban asilo detrás del Elba. Entramos, pues, en la ciudad principal, esto es, en la ciudad vieja, situada á la izquierda del río, y se quedaron los rusos en la ciudad nueva, situada á la derecha.

No bien entradas nuestras columnas en Dresde, salió una diputación municipal al encuentro del príncipe virrey para implorar su clemencia. Con efecto, la ciudad estaba alarmada al recordar la conducta que durante un mes había observado. Había querido asaltar á los franceses, que sólo á su buena actitud debieron la ventaja de verse en salvo; había recibido á los soberanos extranjeros debajo de arcos triunfales, y sembrado su camino de flores. Instancias y aun amenazas habían dirigido á su monarca para que imitara la conducta del rey de Prusia, y fuerza es decir que lo que era muy legítimo por parte de los prusianos, no lo era tanto por la de los sajones, realzados y no abatidos por nosotros. De consiguiente los habitantes aguardaban con cierta especie de espanto la decisión de Napoleón respecto de ellos. Con efecto, había éste llegado á las puertas de la ciudad poco después que el virrey, quien con su habitual modestia envió la diputación municipal á su padre.

Napoleón recibió á caballo las llaves de Dresde, diciendo con altivez á los que se las presentaban que las admitía de buena gana, aunque para volverlas á entregar á su soberano; que les perdonaba sus malos tratamientos respecto de los franceses, no debiéndoselo agradecer más que al rey Federico Augusto; que en consideración á las virtudes, á los años y la lealtad de este príncipe, les eximia de la aplicación de las leyes de la guerra; que por tanto se aprestaran á recibirle con el respeto de que le eran deudores, y á volver á levantar sólo para su persona los arcos triunfales tan imprudentemente erigidos al emperador Alejandro; y que al verle de nuevo le tributaran gracias por la clemencia con que á la sazón eran tratados, pues á no ser por consideración á Federico Augusto, les hollara el ejército francés como á una ciudad conquistada; que á pesar de todo se guardasen bien de hacer cosa alguna por favorecer al enemigo, pues al más leve acto de traición seguirían los castigos más inmediatos y terribles. Dicho esto, les mandó Napoleón que aprontaran pan para sus columnas en marcha.

Se prescribió la más estricta disciplina á las tropas, y observóse puntualmente. A todo esto Napoleón quería cruzar el Elba para hacer que la ciudad nueva fuese evacuada por los rusos y evitar los combates de orilla á orilla, que no podían menos de ser perjudiciales á esta capital hermosa. Ni aún se determinaba á esperar á que el general Lauristón practicara por Meissen el paso, siendo esta operación insegura y dependiente de los obstáculos y de los recursos que dicho general encontrara. Apenas dedicada una hora á las disposiciones que el establecimiento pacífico del ejército exigía, volvió á montar á caballo para practicar un reconocimiento á las márgenes del Elba. En el puente de piedra, situado en el centro de la ciudad, habían sido incendiados los arcos de madera, y aun siendo fácil restablecer el paso, no había posibilidad de conseguirlo sin provocar un cañoneo y ganarlo, cosa que Napoleón quería evitar con empeño. Alojados los rusos en las casas alzadas en la orilla derecha del Elba, le dispararon algunos tiros de fusil de que no hizo el más leve caso, y salió de la ciu-

dad para reconocer los pasos hacia abajo y arriba. Más arriba no era practicable el paso, porque la orilla derecha, que debía ser abordada, dominaba á la orilla izquierda, que era el punto de partida. Napoleón descendió al galope más abajo de Dresde, y siguiendo el curso del Elba, que á una legua corta da un rodeo hacia el Mediodía, halló en Priesnitz terreno adecuado para un paso á viva fuerza. Por allí la orilla ocupada por nosotros dominaba á la ocupada por los rusos y permitía establecer artillería con que proteger las operaciones de las tropas. Todo lo dispuso Napoleón para el día siguiente 9 de mayo. Reunidas fueron y puestas á cubierto de las empresas del enemigo algunas barcas sobrantes del puente establecido más arriba de la ciudad y algunos bateles apresados por la caballería á lo largo del río para emplearlos al otro día.

Efectivamente, desde la aurora montó Napoleón á caballo, y bajó á Priesnitz con una fuerte columna de infantería y toda la guardia, é hizo comenzar el paso ante sus ojos. Alineados estaban á la orilla opuesta los rusos, y parecían dispuestos á defenderla. Napoleón dispuso el establecimiento de una fuerte batería sobre las alturas de Priesnitz para barrer la playa situada frente por frente, y previno que al punto pasaran los cazadores á bordo de las embarcaciones que se había proporcionado. Trescientos pasaron á la vez y expulsaron á los tiradores rusos, mientras continuas idas y venidas de otros llegaron á reforzarlos. Sin demora comenzaron un foso para cubrirse, ínterin rompía el cañoneo por encima de su cabeza. Artillería trajeron los rusos, y Napoleón llevó más todavía, y muy luego se prosiguieron los trabajos del puente bajo el fuego de cincuenta piezas rusas y de ochenta francesas. Por todas partes caían balas, y dando una en un almacén de tablas cerca de donde Napoleón estaba situado, despidió una astilla sobre su cabeza, que le tocó sin herirle. Algunos italianos alineados hacia aquel punto cedieron á un movimiento de miedo más por su persona que por ellos mismos. «*Non fa male,*» les dijo, calificándoles con algunas expresiones joviales; y provocándoles á estrepitosas carcajadas, les hizo permanecer alegremente á ejemplo suyo bajo una granizada de proyectiles.

No siendo ya para los rusos sostenible el puesto ante las ochenta bocas de fuego de los franceses, se retiraron y cesaron de oponer obstáculos al trabajo del puente que no se debía concluir hasta el otro día 10 de mayo. Por dicha también evacuaron los rusos la ciudad nueva, y allí se podía restablecer el paso en seguida y sin cañoneo. Se echaron maderos sobre los pilares de piedra de los dos arcos destruídos, y entre las dos partes de la ciudad fueron posibles las comunicaciones. Nuestras tropas se dirigieron á ocupar el arrabal de Neustadt ó la ciudad nueva. Tanto el general Bertrand como el mariscal Oudinot llegaron este mismo día. Napoleón distribuyólos entre Dresde y Pirna. Entonces supo también que el general Lauristón había encontrado en Meissen la cola de los prusianos, consiguiendo cruzar sin gran dificultad el Elba. Así en todos los puntos éramos dueños del curso de este río, y nos hallábamos en tranquila posesión de la capital de Sajonia. Cumplida estaba la promesa empeñada por Napoleón al decir que ahuyentaría á los coligados más pronto que habían venido, pues entrado en campaña el 1.º de mayo, poseedor era

ya el día 10 de la Sajonia, y había repellido á los enemigos más allá del Elba.

Antes de seguirlos más lejos decidió Napoleón hacer alto algunos días en Dresde, para allegar sus tropas y darles descanso, para recoger los diversos cuerpos de caballería que se aprestaban á unírsele, para volver á llamar al rey de Sajonia á sus Estados, y adaptar, por último, sus combinaciones militares á las de los enemigos. Aún no eran perfectamente claros los proyectos de los prusianos y los rusos, y sobre ellos se adquirían noticias contradictorias. Sin embargo, al parecer nos abandonaban la capital de Prusia, y al interés, grande sin duda, de conservar esta capital anteponían el interés mayor aún de continuar juntos, y sobre todo de mantenerse siempre apoyados en el Austria, lo cual hacía la dirección de los negocios diplomáticos tan importante á la sazón como la de los asuntos militares. Después de señalar Napoleón de nuevo al cuerpo de Ney el rumbo de Torgau, cosa que le dejaba en libertad de encaminarle á la capital de Prusia, ó de traerle á la de Sajonia, después de renovar y de puntualizar más las órdenes que debían elevar este cuerpo á ochenta mil hombres, se ocupó acto continuo en los negocios diplomáticos, que efectivamente reclamaban su atención toda.

No sólo había huído el rey de Sajonia de sus Estados, sino también de la Baviera, en el momento mismo de la llegada de Napoleón, y todo para ir á Praga á echarse en los brazos del Austria, cuya política había adoptado con evidencia. Motivo existía para mirarle de mal ojo, pero destituir á este príncipe equivaliera á declarar una defección más á nosotros mismos, y dar la razón á los alemanes, quienes propalaban que nuestros aliados eran tratados como esclavos, y echarse además un enorme embarazo encima, pues de no restituirle la Sajonia, ¿qué se había de hacer de ella? Además, equivalía declarar harto crudamente al Austria cómo se consideraba y cómo se proponía tratar la política de mediación, que era la suya, y que por su instigación había venido á ser la del rey de Sajonia. Napoleón no refrenaba su ambición nunca, aunque refrenaba su cólera á veces, y ahora dió un ejemplo de dominio sobre sí propio, harto raro en su vida. Fingió no haber comprendido la conducta del rey de Sajonia, atribuirle á falsos consejos, y no ver más que un príncipe turbado, si bien leal, en este monarca. Así le envió uno de sus ayudantes de campo á Praga con la intimación formal de volver inmediatamente á Dresde, de llevar allí su caballería, su artillería y cuanto le había seguido, de restituir al general Reynier á Torgau con los diez mil sajones que ocupaban esta plaza, y todo bajo pena de ser despojado de la soberanía. Mr. de Serra, nuestro ministro de Sajonia, que había acompañado á Praga al rey Federico Augusto, tenía orden de presentarsele en el mismo instante, y de exigirle una respuesta inmediata.

Más importaban aún las determinaciones respecto de Austria, y ya eran más delicadas que antes, por consecuencia de lo acontecido en Viena mientras Napoleón daba la batalla de Lutzen y marchaba sobre Dresde. Inquietísimo Mr. de Narbonne relativamente á lo que podía ocurrir en Cracovia entre los rusos, los austriacos y los polacos, al recibir las órdenes de Napoleón, que intimaban á estos últimos no consentir en su desarme,

no cesó de insistir cerca de Mr. de Metternich para que tomara sobre este asunto una resolución satisfactoria. Por su parte Mr. de Metternich, comprometido en virtud del ajuste secreto de que se ha dado noticia, lo eludió siempre, y porñó en decir que le era imposible figurar á la vez como mediador y como beligerante. Finalmente, recibiendo Mr. de Narbonne, de París por conducto de Mr. de Basano, y de Maguncia por conducto de Mr. de Caulaincourt, instrucciones de Napoleón todavía más formales, no queriendo que los polacos depusieran á ningún precio sus armas, y pretendiendo aún mandar al cuerpo auxiliar austriaco, creyó deber apelar á los grandes recursos para excitar á Mr. de Metternich á salir de las ambigüedades en que estaba encerrado. Mr. de Narbonne ignoraba que en los archivos de la embajada existía la prohibición de presentar nota alguna escrita que no procediera del mismo gabinete. De consiguiente dirigióse á casa de Mr. de Metternich, y le anunció que le iba á entregar una nota con intimación de explicarse categóricamente sobre el tratado de alianza, á cuya ejecución literal se negaba en este momento. «Hasta ahora, dijo, he tenido paciencia y escuchado como aceptables todas las excusas por medio de las cuales aspiráis á eludir vuestros compromisos y á disimular la extensión de vuestros aprestos, que declararíais si fuesen hechos para nosotros. Pero los sucesos de Galitzia me fuerzan á provocar una explicación categórica, y á preguntaros si sois ó no sois nuestros aliados, y finalmente, si entendedís faltar al tratado de 14 de marzo de 1812. Si no queréis quebrantarlo, se necesita absolutamente hacer que opere el cuerpo auxiliar austriaco, ateniéndoo á las órdenes del emperador Napoleón, y sobre todo que no se piense en desarmar á nuestros aliados.» No cabía en lo posible colocar á Mr. de Metternich en posición más apurada, ni colocarse respecto de su corte en posición más peligrosa. Si fuera libre, acaso cediera y ordenara algunas hostilidades simuladas, de las cuales se excusara luego por conducto de Mr. de Lebzelsern con los rusos. Desgraciadamente había prometido no renovar las hostilidades por un compromiso formal y escrito, aunque secreto, y los rusos estuvieron autorizados á publicarlo si lo violara. No había, pues, medio de plegarse á las exigencias de Mr. de Narbonne, y obligado se vió Mr. de Metternich á resistirle, muy suavemente en la forma, si bien con tenacidad suma en la substancia. «Sí, soy vuestro aliado, respondió á Mr. de Narbonne; lo soy, y quiero continuar siéndolo; pero también soy mediador, y mientras no apure este papel de resultados de la negativa á razonables condiciones, no puedo figurar como beligerante.» Acto continuo reprodujo Mr. de Metternich todo el sistema de argumentación diestra y hábil que ya se conoce, y del cual no teníamos interés en hacer que saliera, ínterin no quisiéramos llegar á un gran ruido con Austria y hasta á la guerra. Abandonando luego las sutilezas, y entrando en las consideraciones de buen seso, Mr. de Metternich suplicó á Mr. de Narbonne que no insistiera más; que no le colocara en una posición falsa, pidiendo lo que no podía conceder, esto es, la vuelta á las hostilidades contra los rusos. Estas palabras por extremo juiciosas traían á la sola, á la gran cuestión del momento, á la de las condiciones de la paz, sobre la cual andábamos completamente errados, y que debía

originar nuestra ruina. Volviendo todavía Mr. de Narbonne á la carga, le llegó á decir Mr. de Metternich que era una falta insistir sobre este punto, pues creía saber que Napoleón no quería que se empujara hasta el último extremo á la corte de Austria. Efectivamente, al volver de París Mr. de Bubna muy conmovido por las atenciones que se le habían prodigado, afirmaba que Napoleón deseaba marchar acorde con su suegro, y que si se obraba con tino, muy pronto se llegaría á un ajuste razonable de los asuntos europeos. Mr. de Bubna corrió en efecto á casa de Mr. de Narbonne, estrechóle á no perturbar la intimidad renaciente entre el yerno y el suegro, le rogó que tuviera paciencia, expresándole que, con mostrarse un poco razonable, tan fuera de razón se pondrían los coligados, que la corte de Austria se habría de volver á Napoleón de grado ó por fuerza, y entonces le llevaría no treinta mil, sino doscientos mil austriacos.

Este lenguaje era por extremo sensato, pero imbuido Mr. de Narbonne en las ideas de sus despachos; alarmado de lo que podía acontecer si llegando las órdenes de Napoleón á Cracovia, no hallaban en Mr. de Frimont más que desobediencia, y si negándose el príncipe Poniatowski al desarme, venían á las manos los polacos y los austriacos; á impulsos asimismo de su papel, que se empeñaba en interpretar de distinta manera que su antecesor Mr. Otto, juzgó obrar con acierto entregando una nota formal, donde, invocando el tratado de alianza de 14 de marzo de 1812, recordando que los austriacos lo habían confirmado muchas veces, intimó á la corte de Viena que ejecutara dicho tratado ó que lo declarara no existente. Con todo, temeroso después de este paso de la respuesta que le podría ser dirigida, y anhelante por precaverla, pidió una audiencia al emperador Francisco, y recibido en seguida por este monarca, le instó á no lanzar á Austria y Francia á un estado de hostilidad de una contra otra, que hasta el presente no había producido más que desventuras, y que aún las podría traer mayores. El emperador acogió á Mr. de Narbonne con suma cortesía y calma, repitióle cuanto Mr. de Metternich le había dicho, y aún le añadió finalmente que, si era su intención asegurarse del acuerdo que existía entre el soberano y el ministro que dirigía los negocios, se iba á retirar edificado; que por su parte anhelaba seguir aliado de su yerno, bien que sin abandonar el papel de mediador, único que el pueblo austriaco le veía adoptar gustoso, y que persistiría en desempeñarlo hasta el último extremo, no abandonándolo hasta que perdiera toda esperanza de conducir á una avenencia á las potencias beligerantes. A semejanza de Mr. de Metternich acabó por decir que se inclinaba á creer que monsieur de Narbonne, por salvar su responsabilidad sin duda, hacía demasiado é iba más allá de las verdaderas intenciones de su soberano.

De nuevo insistió Mr. de Narbonne en las graves consecuencias que podría traer un escándalo público en Cracovia y en la necesidad de precaverlo, y se negó á retirar su nota.

Al cabo Mr. de Metternich vióse obligado á contestarla, hallando un medio sencillo de salir del apuro sin más que apelar á la declaración que el 12 de abril había hecho, cuando se le propuso introducirse en los sucesos por una acción de las más vivas. Entonces tomó nota de lo que se le proponía para declarar el papel de